



1/2017



VIII Seminario sobre el Padre José Kentenich “Una pasión: la libertad”

Sábado 10 de junio de 2017
o sábado 10 y domingo 11 de junio de 2017

ORGANIZA: SECRETARIADO P. J. KENTENICH

OPCIONES DE PARTICIPACIÓN:

A. Sábado de 9.00 a 18.30 hs.
B. Sábado desde las 9.00
hasta el domingo a las 14.30 hs.

Lugar:

Casa Solaz de María,
Florencio Varela,
Provincia de Buenos Aires

Información:

T.E. (54-11) 4255-0349 / 4287-5699
Sra. Silvia: 4725-4354 / 11-2657-7839

*Las conferencias estarán a cargo
de la Hna. María Julia Agüero
Y de sacerdotes de la Federación
de Schoenstatt*



Correo electrónico: secretariadopkentenich@nuevoschoenstatt.org.ar

José Kentenich, Secretariado en Argentina

Contactos:

Sitio web de Nuevo Schoenstatt: www.nuevoschoenstatt.org.ar

Secretariado P. Kentenich en Argentina: www.nuevoschoenstatt.org.ar/pjk-secretariado.html

Dirección de mail del Secretariado: secretariadopkentenich@nuevoschoenstatt.org.ar

En Paraguay: Ceferino Vega G 157. Asunción del Paraguay. secretariadodelpadre.py@gmail.com

En Uruguay: Luis A. de Herrera 1200 70201 Nueva Helvecia. Uruguay. colegmta@gmail.com

José Kentenich, Secretariado en Argentina

Si en los extractos de cartas se afirma que el P. Kentenich es un “santo”, no significa anticiparse a la decisión de la Iglesia, es una opinión personal.

La publicación de este folleto es posible gracias a la colaboración de los lectores.

Si desea colaborar puede realizar su depósito en: Caja de ahorro en Pesos:

ICBC (ex STANDARD BANK) 0546/01103287/41

CBU: 0150546701000103287415 - CUIT: 33-53709251-9

Noticias del Secretariado

Una vida para la Iglesia

Padre José Kentenich

Fundador de la Obra Internacional de Schoenstatt



“Queremos seguir ofreciendo a quienes reciben este material, un conocimiento más profundo sobre el Padre José Kentenich. En este número nos detendremos en su pasión por la libertad.

Desde niño, José sintió esa pasión. Jugando con otros niños de su edad, en su pueblo natal de Gymnich, Alemania, disfrutaba de los juegos en la hermosa naturaleza que les ofrecía la zona de Renania, en la que vivían. Su porte menudo y ágil lo hacía experto en todo tipo de aventuras propias de la edad. Esa libertad en lo exterior iba acompañada por un deseo permanente de realizar las cosas, no por coacción, sin el consentimiento propio, sino desde una decisión interior.

Es interesante constatar, por ejemplo, que ya a los nueve años notó que la educación que le

impartían en el internado en el que había ingresado meses atrás, no condecía con lo que a él le parecía correcto. Fue desde entonces que comenzó a trazar los esbozos de la pedagogía de libertad que años más tarde pondría en práctica como educador. Así fue que en su primer encuentro con los muchachos a quienes acompañó como joven sacerdote, los invitó a alcanzar esta meta y les dijo:

“Bajo la protección de María, queremos aprender a educarnos a nosotros mismos, para llegar a ser personalidades sacerdotales, firmes y libres”.

Muy lejos de tratarse de una libertad en la que todo vale, el Padre Kentenich los fue guiando a la verdadera libertad de los hijos de Dios, a esa

libertad que hay que conquistar a fuerza de lucha y de decisión desde nuestro propio interior.

Él sabía que toda persona está condicionada por ciertos factores que no pueden cambiarse o decidirse, como son los que nos trae la herencia, las circunstancias que nos rodean y en las que nos movemos. Pero sabía también que esos mismos factores se pueden encarar de un modo o de otro y allí entra en juego nuestra libre voluntad.

¡Cuántas veces vemos personas que actúan mecánicamente como si fueran autómatas! No hay espacio para la observación de la realidad y para la toma de posición frente a lo que se ve, se oye, se hace... ¡Cuántas veces hacemos las cosas porque “siempre se las hizo así”, sin detenernos a cuestionar si es la mejor manera de hacerlas.

Ubicándose en el mundo adolescente, el Padre Kentenich les decía a aquellos muchachos:

“Está en juego nuestra libertad e independencia. ¡No dejemos que las risas y burlas de un compañero inmaduro y sin cabeza determinen nuestros actos! Mis queridos chicos... pueden hacer lo que quieran pero les suplico: ¡no hagan nada coaccionados por respeto humano, por un temor que nos esclaviza!”

Su concepción de la persona humana siempre estuvo marcada por un optimismo moderado. El Padre Kentenich confió en lo bueno que hay en toda persona. Sostenía que hasta en el delincuente más empedernido se esconde algún rincón de bondad. Y él apostaba a esa exigua cuota de bien y sobre ella veía toda la persona. En el fondo se topaba con la dignidad que tenemos por el don de la libertad que recibimos, porque habiendo sido hechos a imagen del Creador, todos podemos pensar, sentir y decidir.

Por eso mismo, a quienes se confiaban en él, los invitaba a subir muy alto en el mundo de los valores. Siempre hacía hincapié en comenzar esa escalada desde el propio núcleo interior. De poco vale copiar, imitar, vivir la vida del otro. Se trata de conocerse y educarse a uno mismo para lograr tener el yo en la propia mano. Pero jamás determinó verticalmente lo que debía hacerse. Si le pedían un consejo, trataba de que la persona llegara por sus propios razonamientos a la solución deseada. Él quería formar personalidades autónomas, firmes, grandes, capaces de transformar el mundo. Y esas personalidades son justamente los santos. Por eso no tenía miedo de invitarlos a llegar a la santidad. Así, desde el comienzo los orientó para tomar decisiones y para que se exigieran a sí mismos. Entre otras cosas sugería:

“Debemos educarnos para llegar a ser personalidades fuertes. Hace tiempo que ya abandonamos los juguetes. En aquel entonces nos dejábamos guiar por caprichos y estados de ánimo. Pero ahora debemos aprender a actuar según principios firmes. Seguramente vendrán tiempos en que todo se tambaleará. Entonces nos ayudará sólo una cosa: nuestros principios firmes”.

¡Cuánto hay que trabajar en el propio interior para sacar lo mejor de uno! Lo sabemos por experiencia. Pero cuando nos venza el cansancio, cuando la vida se nos vuelva una carga, cuando la confianza flaquea, tenemos a quien recurrir. Invoquemos al Padre José Kentenich, él, un apasionado por la libertad, nos acompaña desde el cielo y nos ayuda eficazmente como tantas personas lo atestiguan a lo largo y a lo ancho de los cinco continentes.

¿Puede ser libre alguien que se encuentra en un campo de concentración?

Leamos extractos de lo que escribió el Padre Kentenich que pasó casi cuatro años en uno de ellos¹:

“**E**n el campo de concentración se nos dijo a los prisioneros: ¡Ustedes no tienen ningún derecho, a lo sumo el derecho de ser maltratados! ¡Ustedes no son personas libres, el pueblo alemán los ha expulsado! Esto hacía muy difícil la situación en el campo de concentración para todo aquel que tuviese sentido para la verdad y la justicia. Imagínenselo ustedes mismos: segundo a segundo estábamos expuestos a todo tipo de arbitrariedad, tanto de parte de la policía secreta como también de parte de los mismos prisioneros que pasaban a ocupar un puesto de responsabilidad. Para cualquier persona de cierto nivel ético, esa pérdida total de sus derechos es algo terrible. Se trataba de una política premeditada. Partían de la idea de que cuando la persona es colocada en situaciones primiti-

vas, se vuelve primitiva. (En Dachau) no se reconocían los derechos humanos de tener un hogar, de la libertad, de la justicia, tampoco el derecho de propiedad. Fue así, entonces, que busqué mis derechos en Dios. Le ofrecí al Señor lo exterior, el derecho a mi libertad exterior, uniéndome tanto más profundamente a Él en mi interior. Además le pedí a María Santísima que fuera nuestra Abogada -siempre es bueno tener a alguien que defienda nuestros derechos-. Puedo decir que Ella se preocupó muy bien, en forma extraordinaria, de mí.

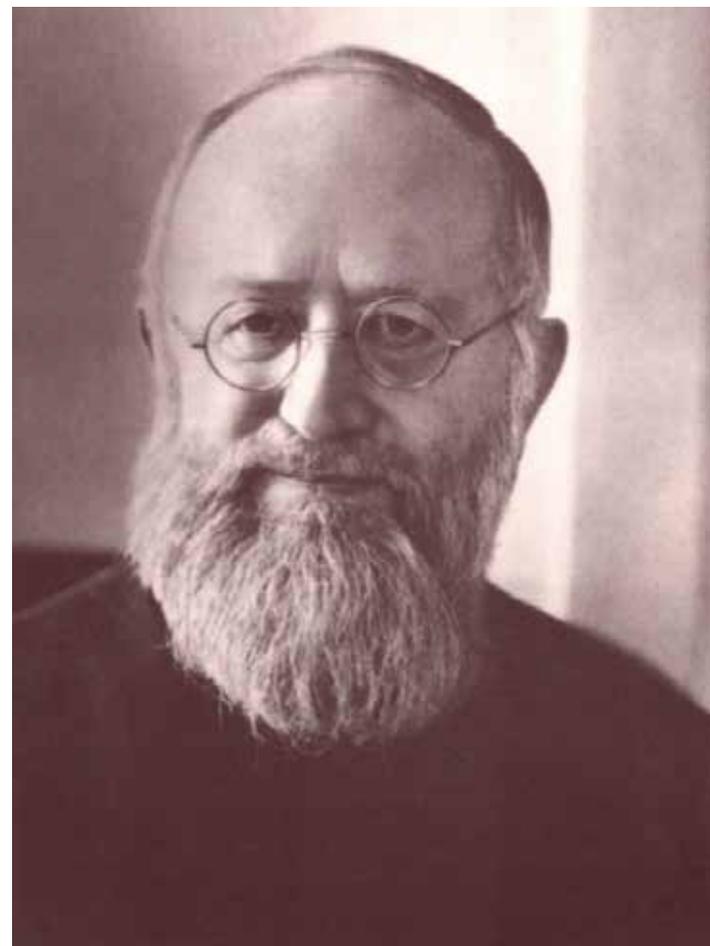
Agrego brevemente cómo aproveché esa falta de derechos para conservar mis propios derechos, el derecho de un hombre libre. ‘Salté’ por encima de las cadenas exteriores para alcanzar la meta del hombre auténticamente libre.

Me dije interiormente: estoy aquí para la Obra (de Schoenstatt), a ella le pertenece mi vida. Mientras las autoridades competentes no me quiten la vida, nadie tiene derecho a hacerlo. Naturalmente tuve que ser muy prudente para no provocar a nadie. Pero también tuve que arriesgarme. Por eso pensé: cuando se trate de cosas esenciales quiero saltar por encima de las cadenas del campo de

concentración y seguir mi camino, pero cuando se trate de cosas pequeñas, de leyes propias de la vida en el campo de concentración, las acataré. (...) En el fondo de mi alma vivía la convicción de que estaba allí por la Familia (de Schoenstatt).

Hacia fines de 1942 se desató una gran peste. Murieron muchos sacerdotes, también gente joven. Yo mantuve una gran capacidad de

concentración y permanecí espiritualmente, siempre lozano. Aunque sufría por la debilidad física y el hambre, casi diría, por morirme de hambre, gozaba de una lozanía espiritual extraordinariamente fuerte. Permanentemente di conferencias y recibí a los prisioneros que querían contarme algo y llegaban ‘a tambor batiente’. Primero di un curso bíblico, luego uno pedagógico, intenté conducir a los sacerdotes hacia todos ‘los mundos’ y alturas posibles” (P. Kentenich. El Triunfo de la fidelidad a la Alianza en el tiempo de persecución. Editado como manuscrito).



1. Entre los años 1942 y 1945, el Padre Kentenich estuvo en el campo de concentración de Dachau, al sur de Alemania, cerca de la ciudad de Munich, por ser perseguido por el régimen nazi en torno a la segunda guerra mundial.

